

LA GOLONDRINA DEL LAZO AZUL

¿No es verdad que cinco pajarillos se venden por dos cuartos, y, con todo, ni uno de ellos es olvidado por Dios?

Reparad en los cuervos: ellos no siembran ni siegan; no tienen despensa ni granero; sin embargo, Dios los alimenta. Ahora bien, ¿cuánto más valéis vosotros que ellos?

(Evang. de S. Lucas, capítulo XII).

I

EN AFRICA

Todas las golondrinas de aquella comarca africana se refugiaron en la copa de un gigantesco baobad, árbol inconmensurable que parecía una inmensa catedral de colosales ramas y follaje espesísimo.

Allí cantaron las golondrinas, a su modo el *Te Deum* en acción de gracias por verse a salvo de tan gran peligro.

En aquel parlamento improvisado, después de un chirriar en que nadie se entendía, se pasó a votación, y por unanimidad toda aquella alta cámara de vocingleras, entre las que se distinguía una con un lazo celeste en el cuello, resolvió partir, o mejor dicho, huir, y no como quiera, sino a todo volar.

¿Qué había pasado a las sempiternas viajeras de enlutadas alas, para tomar tan súbita resolución?

Lo siguiente: la noche antes, unos bandidos árabes, capitaneados por mestizos renegados y jefes de los negros de aquellas regiones, se arrojaron sobre los aduares de aquellos pobres negros, en cuyas tranquilas cabañas habían las golondrinas colgado sus nidos.

Los sanguinarios beduinos acabaron a tiros y a chilladas con casi todos los hombres; apresaron a todas las mujeres y niños, y pusieron fuego a sus chozas.

Algunas golondrinas fueron sorprendidas por las llamas, o no quisieron abandonar sus crías, y perecieron en sus propios nidos. Las demás, que habían huído a las primeras llamaradas del incendio, se encontraron al amanecer como aquellos pobres negros, sin hogar y sin hijos; pues los nidos con sus polluelos implumes habían sido presa de las llamas.

Desde aquel bosque intrincado de enormes ramas sostenidas por un solo tronco, divisaron las espantadas golondrinas el espectáculo más triste que habían visto sus ojos.

Largas caravanas de esclavos y esclavas, uncidos de dos en dos como bestias de carga, y aguijoneados en su penosa marcha por las afiladas gúntas y por el látigo de cuero de los traficantes de carne humana. Las sangrientas huellas del látigo formaban hondos surcos en sus negras espaldas.

Si alguno caía rendido de fatiga sobre la abrasadora arena, donde caía, allí quedaba: allí le dejaban abandonado! A otros los ayudaban a morir más pronto levantándole de un tiro la tapa de los sesos. Otras veces, ¡qué horror! estrellaban contra las piedras los pequeñuelos, de pecho, para que las madres pudiesen marchar más ligeras!

¡Pobrecitos esclavos, tan hijos de Dios como nosotros! ¡Las fieras y las aves de rapiña se encargarán de dar sepultura a sus carnes! ¡Más tarde, sus osamentas, de trecho en trecho, marcarán el itinerario, que con dirección a la costa siguió la caravana!

¿Qué podían esperar las golondrinas de un país en que dominaban los traficantes en carne negra?

Donde así trataban a los hombres, ¿qué suerte se podrían prometer los pájaros?

El Africa de suyo—decían entre sí las parlanchinas avecillas, con esa pasmosa celeridad de pronunciación con que hablan su propio idioma,—el Africa, ya de suyo, es un país bastante inhospitalario, pero infestado de mestizos, es insufrible.

Y dirigiendo una mirada de adiós a las humeantes cenizas del aduar, donde quedaban los restos de sus nidos y de sus polluelos: «En la tierra no se puede vivir; ¡al mar, al mar!»—piaron todas en coro.—¡Adios, Africa, que te quedas sin golondrinas!

Y la espesa bandada levantó a una el caprichoso y rapidísimo vuelo, y se perdió allá a lo lejos, por donde se confunden sin línea divisoria el cielo y el mar.

La golondrina de lazo azul iba entre ellas.

II

EN EL MAR

Un viaje por la inmensidad de los mares, después de haber dejado la inmensidad de las abrasadoras arenas de Africa, no podía menos de tener singular atractivo para el resto de la bandada de golondrinas que había sobrevivido a tanto desastre.

Resolvieron, pues, viajar en buenos barcos, y gratis—ya se entiende—y como pudieron, se acomodaron de trecho en trecho, por grupos, en varias fragatas y barcos de vela, y la inmensa mayoría en los mástiles y vergas, en las jarcias y cordelajes de un gigantesco vapor transporte, que navegaba con rumbo a las costas españolas.

¡Pero ni aun allí las dejaron vivir a las pobrecillas! Los marinos y pasajeros, por no tener otra cosa en qué entretenerse, las hostigaban cuanto podían. Y

un viajero, inglés o *yankee*, no cesaba de ensayarse en el tiro de pistola, escogiendo por blanco su negro y violáceo plumaje.

A cada detonación se levantaba la bandada y huía a lo lejos, protestando en su gárrula algazara y alegando sus derechos individuales contra aquel abuso de confianza. Pero cansadas de revolotear, y no encontrando un punto de apoyo en aquel inmenso desierto de agua, volvían poco a poco a posarse en lo más elevado de los palos y entre lo más oculto de las izadas velas.

El imperturbable *yankee* volvía a su pasatiempo, y más de una vez la primera avecilla, que jadeante de cansancio se posaba en el embreado cordelaje, caía herida de muerte revoloteando por los aires. Aparecía un momento sobre la superficie de las olas, y quedándose muy atrás, llegaba a desaparecer para siempre de la vista de sus compañeras de viaje. ¡Séate el agua leve! sollozaban, como plañideras, las golondrinas, a cada nueva compañera que perdían. ¡Pobrecillas, no les quedaba ni aun el consuelo de pronunciar la fórmula sacramental: ¡Séate la tierra leve!

Entre sustos e inútiles protestas, y con no pocas pérdidas, llevaron a cabo la travesía. Así que apenas divisaron las golondrinas, allá a lo lejos, una línea más azulada entre la cenicienta niebla, clamaron con más alegría que Colón al descubrir un nuevo mundo: ¡tierra, tierra!

Eleváronse de un vuelo a las alturas, y desde allí fulminaron su último anatema contra el *yankee*, y se alejaron murmurando: ¡No se puede vivir en la tierra; ni en el mar se puede ya vivir! ¿A dónde iremos? Vamos a España, que España es un pedazo de cielo, y España siempre ha respetado a las golondrinas.

Entre las golondrinas iba la del lazo azul celeste: las balas la habían respetado.

III

EN LA CARTUJA

¡Qué magnífica morada les había preparado Dios este año a nuestras viajeras africanas! Nada menos que la iglesia abandonada de un convento de cartujos, a medio arruinar. Un grandioso monumento del arte ojival.

Una iglesia para ellas solas, y para más seguridad e independencia, con la puerta cerrada, para que nadie entrase a molestarlas, y con todas las ventanas y calados rosetones abiertos, o mejor, casi destruídos, para que ellas pudiesen entrar y salir con toda comodidad a buscar todos los insectos necesarios para matar el hambre, y todo el barro, y pluma y pajillas para fabricar sus nidos.

Aunque la bandada, entre extraviados, heridos y muertos, había sufrido muchas bajas, era bastante numerosa aún; así que al poco tiempo de su llegada a la Cartuja no había cornisa, ni hornacina, ni doselete que no ostentase como un adorno más un misterioso nido. Los había en los arranques de los arcos de altares destruídos, en los nervios que se entrelazaban en las bóvedas, y hasta entre los pliegues de piedra de algunos santos del decorado.

El abandono de la iglesia y convento, que databa de años, les servía a las golondrinas maravillosamente. Después de arrojados los cartujos de España, como los mestizos las habían arrojado a ellas de Africa, se convirtió el convento en hospital, después en cuartel de caballería, y después quedó a disposición de los lagartos y de los murciélagos y de enjambre de insectos y de arañas, que por todas partes habían colgado sus

delicadísimas telas, el mejor adorno que pueden ofrecer las arañas al santuario.

Las insectívoras viajeras, por lo tanto, estaban de enhorabuena; su ojo, que divisa en el espacio nubes de mosquitos y millares de millaradas de animalejos microscópicos, que nuestra vista no descubre, encontraba por todas partes la mesa puesta.

¡Con qué alegre algazara celebran su buena suerte! Es de ver cómo en el ámbito del elevadísimo templo o en la cercana huerta del convento, realizan en el aire el problema del movimiento continuo.

¡Cuántas veces las habréis observado!

Su horquillada cola les sirve como de timón, y sus puntiagudas alas de remos, para surcar los mares de la atmósfera.

Trazan en el espacio, en todas las direcciones imaginables, las curvas más atrevidas; pasan rasando y aun desflorando las aguas o con perfecto paralelismo en su dilatada superficie; de pronto se elevan perpendiculares, y ya en la altura, después de los más caprichosos giros, se dejan caer oblicuas como sobre un plano inclinado.

¡Qué solicitud cuando están labrando sus moradas, primero vacías y silenciosas! ¡Qué idas y venidas! ¡y qué alarma, y qué desvelo, cuando después empiezan a asomar en el borde del nido unas cabecitas con grandes bocas amarillas!

Bien se ve que

Las aves que vueltas dan
huyendo peligros cien,
y en su pico con afán
llevan miguitas de pan,
¡esas son madres también!

Antes de que en la abandonada iglesia se verificase esa transformación maravillosa, y aun antes de que cada

pareja empezase a empollar sus huevecillos en sus respectivos nidos, tan caprichosamente colgados aquí y allá en la antigua casa del Señor, ocurrió un episodio trágico, que merece capítulo aparte, y al que atribuyeron sus ulteriores desgracias las golondrinas.

IV

EL GORRIÓN TESTARUDO

Un gorrión, ¡gorrión había de ser para ser bueno! había observado hacía días desde el alféizar de una de las ventanas, las idas y venidas de una de las parejas más atareadas en la conclusión de su nido, que debía ser futura cuna de los pequeños golondrinos.

Cuando nuestro gorrión observó con el rabillo del ojo que estaba concluida la morada, aprovechando una ausencia de los dueños, pió maliciosamente como quien dice:—¡Quien fue a Sevilla perdió su silla—y se anexionó bonitamente el nido.

Una vez arrellanado en él, hizo esta reflexión para tranquilizar su conciencia: La moral enseña que un nido vacío es *primi capientis*; ¡durmamos, pues, con el sueño del justo!

¡Pobre gorrión! ¡poco te habrá de durar el sueño!

Vuelve el golondrino, esto es, el marido de la golondrina, y al ver su nido ocupado, lanza un prolongado grito de alarma. Llega su compañera que, espantada de la audacia del gorrión, pone el grito en el cielo y forma un dúo desgarrador con el compañero de su vida.

—¡Vecinas, vecinas!—van diciendo de nido en nido, revoloteando por las cornisas, lanzándose a las bóvedas.—¡Vecinas, vecinas: hay un ladrón en casa! Y no pertenece a ninguna de nuestras cincuenta y tres especies; ¡es un miserable gorrión! Ha violado nuestro domicilio, pisoteando el derecho de propiedad. ¡Esto clama

venganza al cielo! ¡Vecinas, vecinas, socorrednos; hagamos un ejemplar castigo en el malvado!

Un momento después salían de todas partes las golondrinas, cruzándose en todas direcciones, gritando, gorjeando, piando, trinando de rabia en todos los tonos, en un *tutti*, que iba *crescendo, crescendo* sin cesar. Y cada vez más y más, el coro de golondrinas iba rodeando y aun estrechando el cerco del nido ocupado por el intruso.

Todo esto era poco tranquilizador; pero el gorrión parece que estaba decidido a todo: así que, sacando un poco su cabecita, decía con cierta sorna: ¡Tánto ruido para nada; parlanchinas! No saben nada del derecho de prescripción.... ¡Al fin.... golondrinas!

¡Pobre gorrión! ¡No sospechaba la que le iban a armar! De los chirridos pasaron a los picotazos, acometiéndole en todas direcciones. Pero nuestro gorrión, asomando de improviso su maliciosa cabecita por la estrecha abertura del nido, las recibía también de cuando en cuando a picotazo limpio. Después se achantaba en el fondo, haciéndose el muerto, a ver si pasaba aquel nublado, que tal parecía aquel negro remolino de ave-cillas de pico hendido hasta los ojos, y de azuladas y violáceas plumas con sus pintas rojas y blancas.

Pero, al contrario, la tormenta arreció en esta forma. ¿Sabéis lo que hicieron aquellas individuos pertenecientes a la familia de los fisorostros, al ver que eran inútiles sus esfuerzos para desalojar al importuno huésped? No lo váis a creer; pero es histórico.

Cada una de aquellas ave-cillas, como si se hubieran puesto de acuerdo para tan tremenda conspiración, traía y volvía a traer en el pico, de las orillas del cercano río y de la próxima huerta, un poquito de barro, y lo dejaba caer por la estrecha abertura del nido.

Todas, al arrojar su cargamento, gritaban desaforadamente: ¡Fuéra, fuéra!

El gorrión, acurrucado en el fondo, al ver que el nido se convertía en descargadero, decía: ¡Sí, sí, como no salga!

Las golondrinas, yendo y viniendo sin cesar, arrojaban, como una granizada continua, barro y más barro.

Y el gorrión, nada, empeñado en no salir! Debía ser un gorrión aragonés!

Resultado: que la abertura se fue achicando, achicando, hasta que se llegó a cerrar, dejando dentro al gorrión en aquella cuna convertida en sepulcro!

Algunas golondrinas más vengativas, como quien arroja en una fosa las últimas azadonadas de tierra, arrojaron y apisonaron con sus picos las últimas bolitas de barro, y en vez de oración fúnebre, cantaron un himno de triunfo.

* * *

Debemos advertir, para mirar por el buen nombre de la especie, que la golondrina del lazo azul celeste no tomó parte en este emparedamiento o enterramiento civil.

V

A ESPALDAS DE LA VIRGEN

El mismo día en que, sin guardar proporción entre la culpa y la pena, se perpetró este gorrioncicio, el abandonado templo de los cartujos, en que hacía años no había nadie puesto los pies, se vio visitado por personas que no dieron a las golondrinas muy buena espina.

Miraban con demasiado interés las preciosidades artísticas que, aunque destrozadas, encerraba todavía el santuario, y aun llegaron a lanzar los visitantes, entre

las exclamaciones de indignación y de lástima, la palabra fatídica: ¡Restauración!

A los pocos días, el templo y el contiguo convento, se llenaron de carros de materiales, de albañiles, de carpinteros, de andamios que llegaban hasta las bóvedas, que corrían a la larga de las cornisas. Empezaba el arte a destruir las obras de la naturaleza; empezaban los hombres a ahuyentar de sus pacíficas moradas a toda aquella comunidad de golondrinas, de negras alas, como otros hombres habían antes arrojado a la comunidad de cartujos de blancos hábitos.

• ¡Este—chirriaban las golondrinas—es un castigo del cielo por haber sido crueles con el gorrión!

Y revoloteando de acá para allá, medrosas, desatentadas, aburridas, dejando desatendidos sus hijuelos en los nidos, por temor de que a ellas no les pasase algún percance, exclamaban: ¡Qué va a ser de nosotros! ¡Qué dolor! ¡Adiós, telas de araña; adiós, millaradas de mosquitos e insectos; adiós, hijos; adiós, nido! Porque con este afán de restaurarlo y renovarlo todo, no va a quedar un nido en pie ni un mosquito para un remedio. ¡Están echando a perder el templo! ¡Qué mal gusto tienen los hombres! ¡Estaban tan hermosas estas ruinas!

Las golondrinas tenían razón; había llegado su hora: la hora del abandono de sus hijos, que no podían seguirlos, pues aún no podían volar; la hora de la dispersión, de la soledad, de la tristeza sin consuelo y de la muerte.

—¡Castigo de Dios!—repetían las pobres golondrinas.— Pero al fin, al ver las últimas que iban quedando que el templo iba poco a poco apareciendo como bastante digna morada del Señor, se resignaban de la pérdida de sus hijos y de sus nidos, en obsequio de aquel Señor que las había criado a ellas, y que quería anidar

entre los hombres y verse de ellos rodeado, como la gallina de sus polluelos.

«Si recibimos lo bueno de la mano del Señor, ¿por qué no hemos de recibir y sufrir lo malo?» Esta sentencia de Job se la oyeron repetir muchas veces a Tobías aquellas mismas golondrinas bíblicas, de cuyo nido, según dice la Escritura, cayó cálido estiércol sobre los ojos del anciano Tobías, dejándole ciego.

Desde entonces ha ido pasando esta sentencia entre las golondrinas de padres a hijos, y llevan con resignación y hasta con alegría los trabajos de sus periódicas emigraciones.

* * *

De aquella bandada que partió de Africa tan numerosa, sólo pudo escapar de los efectos de la restauración artística y criar sus hijuelos, y emigrar llegado su tiempo, la golondrina del lazo azul celeste, la que no tomó parte en el entierro civil del gorrión.

Porque es de saber que cuando sus compañeras llegaron al convento y se posesionaron de los ángulos y repisas que les parecieron más a propósito para anidar, nuestra misteriosa golondrina le echó el ojo a una imagen decorativa de la Virgen Santísima, que estaba en la más alto del templo.

Se elevó hasta ella para hacer un reconocimiento al vuelo, y vio que, aunque desde el suelo parecía pequeña, era colosal en su altura, estaba algo separada de su hornacina, y entre el muro y la estatua había un hueco, en que se podía labrar un nido cómodamente.

Aquello era de lo mejor conservado. Hasta allí no llegaron los andamios, ni llegaron las manos del hombre. Así que nuestra avecilla, aunque no sin sobresaltos y sustos, pudo formar su nido y criar sus polluelos a espaldas de la Virgen.

VI

DE CÓMO PUEDE UN RELATO CONCLUIR POR EL PRINCIPIO

La primavera del siguiente año trajo, como suele, nuevas golondrinas, nuevas flores, y, lo que antes no había en el convento de cartujos, trajo esas flores del jardín de la iglesia, de hábitos blancos como las azucenas y de vida oculta como las violetas, que se llaman hijos de San Bruno.

Los religiosos habían vuelto a su antiguo nido, así como el Señor moraba de nuevo en el antes abandonado santuario.

Lo único que turbaba el perpetuo silencio de aquellos claustros era el gorjeo de alguna que otra golondrina, pocas en verdad, porque casi todas, recorriendo en todas direcciones el convento, ya que en la iglesia no podían fácilmente entrar, se convencieron de que no tenían vocación de cartujas, y, sin poder comprimir bien sus alegres chirridos, se fueron con la música a otra parte.

Las golondrinas son como las mujeres: no llegan a entender que se pueda vivir sin hablar.

Entre las que se resolvieron a guardar silencio en lo posible, imitando en cuanto podían a los cartujos, que las dejaban anidar en sus propias celdas, y volar a lo largo de sus claustros sin inquietarlas, estaba la misteriosa golondrina del lazo azul celeste, que había vuelto en peregrinación a dar las gracias a la Virgen, con todos sus hijos, dispuestos ya por su cuenta a poner casa, es decir, nido.

La golondrina del lazo azul anidaba confiadamente en la celda del venerable anciano Fray José, a quien desde el primer día que la vio le impresionó sobremanera.

—¡Será la misma!—exclamó el religioso.

Para salir de dudas, aquella misma noche, subiendo con tiento al piso alto, de los dos en que dividen sus celdas los cartujos, como el nido estaba al alcance de su mano, pudo coger la golondrina y examinarla.

En efecto, era la misma: de aquella cinta azul pendía una diminuta medallita de la Virgen, que el mismo Fray José, años antes, sufriendo la excomunión, le había puesto al cuello.

¿Con qué ocasión? Oído....

Dos hermanitos, hijos de unos pobres labradores que habían recogido a Fray José en su caserío, cuando la revolución dispersó a los Religiosos, vieron cierto día que se metía de rondón por la ventana del cuarto en que estaban, una atolondrada golondrina. Entrar ella y cerrar ellos la ventana fue todo uno. Corrían ellos detrás, le arrojaban cuanto tenían a la mano, hasta que el pobre animalillo cayó rendido en poder de uno de los dos.

El otro quiso quitarle la golondrina, porque decía que él había cerrado la ventana. Resistíase el poseedor con manos y pies. En fin, que se peleaban como buenos hermanos.

Gran riesgo corría el pajarillo, cuyo corazón palpataba fuertemente en la manita apretada del niño.

Por fortuna, a las voces y lloros de los chicos acudió el bondadoso Fray José, y enterado del caso, reclamó para sí la golondrina, haciendo de Salomón en aquel litigio.

—Venga acá—les dijo;—que entre los dos la vais a matar. ¡Haya paz, haya paz! El hombre ha nacido para trabajar, y el ave para volar. ¿No es mejor que le demos libertad para que vaya a su nido con su madre, pues también tendrá madre?

—Sí, sí!—dijeron los dos, cambiando súbitamente su ambicioncilla en sentimientos generosos.

—Pero—prosigió el cartujo—para que Dios, que cuida de los pajarillos del aire como de los peces del mar, cuide de un modo especial de esta golondrina, voy a ponerle una medallita de la Madre de Dios. Si Dios protege a los pajarillos, la Virgen no se desdenará de protegerte—dijo acariciando a la golondrina; y como si le entendiera añadió suspirando:—¡Así Dios me vuelva a mi convento como yo deseo que te vuelva a tu nido!—Y diciendo y haciendo, y valiéndose para ello del más formal de los dos hermanos, suspendió perfectamente de una cinta azul una medallita de la Virgen, la aseguró por debajo de las alas y rodeó con la cinta el cuello de la viajera cosmopolita.

Después salieron a la explanada que estaba frente a la casa, y allí.... ¡a la una, a las dos, a las tres! la echaron a volar.

Fray José la dio su bendición, y los niños palmorearon con regocijo, al ver que de un vuelo se alejó tanto que la perdieron de vista.

—No dudéis, hijos míos—les decía el buen cartujo—que, como nos lo asegura Jesucristo, Dios cuida hasta de ese pobre pajarillo; pues ¿cuánto más cuidará de vosotros, que valéis infinitamente más, tanto como vale la sangre de Jesús? ¿Y sabéis cómo cuidará más y os libraré de más peligros? Si sois muy amantes de su Santísima Madre la Virgen María. Llevad siempre al cuello el santo escapulario o alguna medalla de la Virgen, y confiad siempre en su protección y amparo.

**

No es menester decir que los niños no volvieron a saber más de la golondrina. Pero ¡cuánto más se hubieran confirmado en el amor de la Virgen si hubieran sabido lo que vosotros sabéis! Y en cuanto a Fray José, si lo hubiese sabido, más aún hubiese bendecido

la providencia de Dios y más se hubiese enternecido con su Madre la Virgen María al volver a encontrarse a su antigua conocida.

* * *

Hasta el próximo otoño la golondrina y el cartujo vivieron juntos como dos buenos amigos.

Pero en el otoño, ella se fue con su compañero y no volvió más.

Verdad es que, aunque hubiera vuelto, no hubiese encontrado al buen anciano, porque también él se había ido... ¡adonde los santos se van!

JULIO ALARCON, S. J.

DISERTACION SOBRE LA LOGICA

El hombre, creatura dotada de razón, posee un lenguaje articulado a la vez que razonado; el dón de la palabra, el *logos*, producto de su entendimiento, con el cual comunica a los demás las ideas y sentimientos que bullen en su alma. Mas la palabra no, solamente sirve al hombre para departir con sus semejantes sino que responde a una necesidad aún más imperiosa del sér racional: así como éste por medio de la voluntad ama y con ello satisface su tendencia natural hacia la bondad, asimismo con el entendimiento, conoce y por medio de la palabra y de la ciencia corresponde a la irresistible y necesaria tendencia del alma hacia la verdad universal.

Sin embargo las dos potencias racionales no son de igual categoría; la ciencia, es decir la vida del entendimiento es para el hombre el mayor bien y el más agradable, porque, como dice Aristóteles, lo que es más propio de un sér y más conforme con su naturaleza es también para él lo más apetecible. Ahora bien, al hombre le es más propia la vida del entendimiento, noble facultad que lo distingue de los brutos, en tanto que con éstos comparte la vida de apetito inferior, del